

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL

DESFIGURACION

Es fácil distinguir a los que quieren la dominación de una fracción sobre el conjunto de la sociedad española, lo cual es, naturalmente, la más fuerte incitación a la discordia. No hay que atender demasiado a sus nombres, rótulos, etiquetas, «slogans». Tampoco es esencial que ese intento de dominación se presente como «continuismo» o como radical «ruptura», que en el fondo pretende ser el «relevo de la guardia», el disfrute de la herencia. Los rasgos característicos de ese propósito de dominación son dos: el primero, la inflación o magnificación de los problemas; el segundo, la voluntad de impedir que la sociedad española se articule y vertebrase según sus fuerzas reales. En una palabra, la desfiguración de la realidad.

Hay en España problemas mínimos, perfectamente manejables, que se pueden fácilmente mitigar y superar, que en todo caso son fricciones menores de la convivencia, inseparables de toda sociedad, y que existen en las más armoniosas y organizadas. Si se atiende a lo que «se dice», parecen únicos y enormes. Al cabo de unos meses de repetirlo, el que más y el que menos lo ve así. Se va produciendo una conciencia de anomalía, de inestabilidad, de riesgo permanente, que impide proyectar normalmente y a larga fecha. Para comprobar la irrealidad de muchos problemas, basta con fijarse en la «fecha de nacimiento». Los discursos políticos o los periódicos habían sin parar de tales o cuales temas, presentándolos como cuestiones vitales, urgentes, tal vez insuperables. Recuérdese lo que pasaba un año antes: nadie hablaba de tales cosas, nadie tenía la impresión de que fuesen graves, ni siquiera de que existiesen como tales problemas. Basta que alguien «lanche» un tema para que, en un espacio confinado, en una atmósfera enrarecida, parezca real.

Es algo muy parecido a la sugestión, a la «aprensión» que respecto a la salud tienen muchos hombres. Si se habla de una enfermedad

y se describen sus síntomas, hay personas que empiezan a sentirlos y al cabo de algún tiempo «padecen» esa enfermedad. El que sea inducida no impide que pueda ser grave; si se explica que es de origen psicosomático, eso no la suprime. En el caso que me interesa aquí se trata de una «aprensión colectiva», cuidadosamente planeada. Llevamos más de tres decenios de persuasión oficial de que España es un país explosivo, incapaz de libertad y convivencia, dispuesto a la locura a la menor ocasión. Idéntica táctica se sigue hoy a la vez desde otros flancos, con finalidades muy parecidas: se desfigura en todos sentidos, y sin importar que sean opuestos, la realidad del país. Se olvida el conjunto de la historia de España —medio excelente para que se pierda la identidad de un pueblo y se convierta en sustancia gelatinosa y maleable—, a la vez que se fundan innumerables quejas, agravios y descontentos en puntos mínimos de historias muy lejanas, aderezadas o inventadas según las conveniencias. Los mismos que se vuelven de espaldas al conjunto del pasado —exponiéndose a repetirlo— aislan oscuros e inciertos sucesos de la Edad Media para fundar en ellos nuestra vida en el último cuarto del siglo XX.

Se ha fingido —y se sigue fingiendo— una España uniforme, homogénea, unánime, sin discrepancias. Y de repente se finge otra España mosaico, atomizada, hecha de diferencias sustentadas, unida sólo por vínculos artificiales o por la coacción. Esto se hace en nombre de las personalidades regionales (dentro de cada una de las cuales, por cierto, se supone el mismo monolitismo gregario que durante decenios se ha atribuido al conjunto nacional); y no se advierte que ello significaría el mayor desprecio imaginable hacia esas regiones: ¿qué habría que pensar de unos pueblos que hubiesen estado sometidos siglos y siglos al yugo de otro, al que, por añadidura, se pinta como decadente, inferior, incapaz?

El otro lado de la cuestión es la desfiguración de las fuerzas reales, la dificultad de que España se articule verdaderamente, según efectivamente es y quiere ser. Me resulta difícil comprender qué temor podía tener un Estado fuerte, dispuesto a mantener el orden y la vigencia de las leyes, a que se exprese y organice la realidad nacional; qué ventaja supone un sistema de irrealidades —quiere decir qué ventaja para el país—. Lo más grave es que cuando las cosas existen nominalmente y se habla de ellas, sobre todo en los medios públicos de comunicación, al cabo de algún tiempo se las toma como existentes y se opera con ellas como si fuesen reales; es como si se pensara que la sota de copas existe fuera de la baraja y se puede hacer con ella algo distinto de jugar a las cartas. Si se tomara un periódico y se fueran señalando en rojo las noticias y comentarios referentes a meras convenciones, sin arraigo en la realidad, el resultado sería aterrador, porque revelaría hasta qué punto nuestra vida pública está habitada por fantasmas.

Pero las cosas no son mucho mejores cuando se trata de lo que se presenta como «oposición». Cuando hablo de España real frente a una España irreal o ficticia no reservo esta última categoría exclusivamente para lo que se llama por antonomasia lo «oficial». Los innumerables grupos y grupúsculos de que se habla o escribe, con distintos grados de legalidad o tolerancia, ¿a qué responden? ¿Qué fuerzas reales tienen detrás? ¿Cómo se sabe que expresan las voluntades concretas de grandes fracciones del país? Cuando se pide —y se pide bien— a las instituciones o magistraturas del Estado la prueba de que son representativas de la voluntad nacional, hay que entender la misma exigencia a los grupos de todo orden que piden representatividad. No se puede dar por supuesto que los españoles quie-

ren tal o cual cosa (o, igualmente, los gallegos, los vascos, los catalanes, los valencianos, los andaluces, los castellanos, los profesores, los curas, las mujeres, los agricultores); hay que verlo, hay que justificarlo. No nos sentimos representados, claro es, por un señor que ha sido designado para su función rectora por un dedo imperativo; pero tampoco por otro señor —tal vez el mismo, unos meses o unos años después, cuando el dedo ha señalado en otra dirección— que se ha designado a sí mismo, con ayuda de una tertulia y tres o cuatro entrevistas de prensa, que quizás ha conseguido financiar una revista semanal.

Un pueblo es algo más complejo, más enérgico, más real. La misma población de grupos es ya sospechosa: una sociedad moderna está articulada políticamente en dos, acaso tres posiciones básicas, que responden a las grandes interpretaciones posibles de la convivencia y de la estructura del Estado. Las opiniones, creencias, estimaciones, proyectos, tempes de ánimo, aficiones, simpatías y antipatías pueden ser legión, pero eso no tiene que ver con la política, que se funda en amplias zonas de coincidencia respecto a los problemas específicamente políticos, y nada más. El pluralismo social debe ser ilimitado; la política tiene un campo mucho más restringido, deja fuera la mayoría de las dimensiones de la vida —cuando no es así, es que es «totalitarismo», esto es, la destrucción de la política, y para ese viaje no necesitamos alforjas—, se reduce a unas cuantas posiciones viables y actuales, respaldadas por algo sumamente respetable y que no tiene por qué ser incivil: fuerzas sociales, libremente expresadas y contadas con la mayor pulcritud posible. Cualquier otra cosa es una disputa no muy simpática y acaso prematura por repartirse una herencia.

Julión MARIAS

EPOCAS Y CELEBRIDADES PARA UNA SOCIOLOGIA DEL SUICIDIO

NO sé hasta qué punto será verdad algo que he leído en alguna parte. Esto: que el Renacimiento, tan abundante en erámenes de toda laya, apenas ofrece un suicidio digno de recordación. Pero, así, de entrada, la cosa parece válida. Por «Renacimiento» hay que entender, desde luego, lo que ocurría en Italia durante el siglo XV y un buen retazo del XVI. En efecto, la «época» se caracteriza a simple vista por una frenética frecuencia de asesinatos, estupros, saqueos, traiciones, robos, chamusquinas, y cuanto se quiera. ¿Cabía poner el ejemplo, famoso, de los Borgias, que a base de venenos, puñales, incestos, simonías y ardidés siniestros, apandaron un considerable trozo de la península vecina? A mí, particularmente, esta gente —los Borja, claro— siempre me cayeron simpáticos: don Rodrigo, gran semental, la Lucrecia, César, los otros hermanos, los sobrinos, los primos y demás familia, legítima o no, incluso sacrilega —o a menudo sacrilega—, constituyen un episodio delirante y feroz, sin duda, y a la vez, una gloriosa epopeya político-sexual, merecedora de las máximas envidias. No se contentaron con Roma y sus siete —¿son siete?— colinas. Y ello, viniendo de Xátiva... Pero, además, estaban los Médici, los Farnesio, los Orsini, los... Que les iban a la zaga, en cuanto a tretas e ignominia. Aunque no demasiado. Y lo dicho: ni un solo suicidio.

Por lo menos, sin ningún suicidio importante. La violencia se proyectaba contra el prójimo y, si venía a mano, contra la propia parentela. La posteridad erudita se ha cebado agriamente con César Borja —la posteridad erudita y la panfletaria—, y quizá con razón. Este individuo, que durante una temporada cino teóricamente la mitra de mi Archidiócesis, fue un bandolero brillante, y su aventura le llevó a situaciones espeluznantes. Condenado por una sífilis mortal, resistió hasta el último momento. Murió de mala manera. Pero nunca intentó suicidarse, ni siquiera en el instante del epuro odioso: fuético y todo, deseaba vivir, y luchar, y pasárselo bien. Nunca tuvo ni el más leve escrúpulo ante lo que se proponía hacer. Si dimitió de arzobispo y de cardenal fue para gozar de unas desventajas mayores, y casarse con una Albret e ingresar en los circuitos dinásticos consolidados. La impresión que da «el Renacimiento» es que, en sus esquemas, no había lugar para el suicidio. ¿Romeo y Julieta, me dirán ustedes? Shakespeare fue muy posterior. Y aunque en Verona pudiese producirse un equívoco trágico como fue el asunto de los amantes ayudados, nunca pasó de ser un acontecimiento municipal, que sólo la literatura salvó del olvido. No, no hubo...

No hubo, durante el Renacimiento, suicidas distinguidos: un Sócrates, un Werther, un Larra, un Stefan Zweig, un Drieu la Rochelle... La cicuta o el pistoletazo, los barbitúricos o el gas doméstico, y cualquier otro procedimiento plausible, desde ahorcarse hasta la defenestración —autodefensación—, no fueron,

o no han sido, practicados, sino en circunstancias muy concretas. ¿Por qué se suicidan los suicidas? La pregunta pertenece al área de la sociología, o de la antropología, o de la psicología: de esas ciencias vagas que se esfuerzan por conseguir el estatus de «ciencia». De hecho, el suicidio es como el asma, la tuberculosis o el cáncer: un certificado médico de defunción. Luego vienen las estadísticas. Y luego —más luego— la reflexión sobre las cifras. Respecto al Renacimiento, los datos asequibles corresponden a la clase dominante: duques, cardenales, poetas, mercaderes, deanes, pornógrafos —el divino Piero Aretino... o el otro «divino», el marqués de Sade, ya al final del Antiguo Régimen—, pintores, filósofos, condottieros... Pocos suicidios verificables hay de por medio. Para abajo, en los rincones rústicos, por las desahridas cuestiones del amor o del dinero, o de Dios sabe qué, alguien se ahorcaba. Cuando los aficionados a los métodos de la historia «cuantitativa» indaguen los suicidios, tendremos un dato «ponderable».

De momento, una «sociología» del suicidio es difícil. No lo es tanto una «historia». Sólo que la «historia de los suicidios» se alimenta de celebridades: Séneca, Mayakovski, Benjamín, O Romeo y Julieta, O Werther, O la fauna de Dostoiévski. Suicidas célebres son, si no recuerdo mal, Anna Karenina y la Bovary, unas damas cultivadas, notoriamente, ninfomanas, tonfas y sometidas a un tedio infernal. El Renacimiento fue, probablemente, un tiempo con muchos crímenes y pocos suicidios; el Romanticismo, por el contrario, de un saldo de suicidas que, si no supera a las cifras de criminalidad vulgar, al menos presenta una magnitud escandalosa. Los románticos fueron aficionados a matarse: los «románticos» de la lírica, de la política, de las finanzas. Había, mientras tanto, otros suicidas, iletrados y pobres... Cuando un día u otro, se intenten las pertinentes monografías acerca del particular, habrá que calibrar el alcance de la decisión: suicidio por suicidio, no es lo mismo Sócrates tomando su licor letal, o Séneca cortándose las venas, que las heroínas de novela —¿de Tolstói o de Flaubert solamente?— obsesionadas por el adulterio, o que un digno burgués acosado por el deshonor de la estufa o la queiebra... La noción de «suicidio» se hace ambigua en cuanto se tiende a fijarla desde el ángulo digamos sociológico. Hace unos cuarenta años, con el nazismo y la guerra, hubo una serie deprimente de suicidios ilustres: de intelectuales, judíos la mayoría, y algún que otro ario estricto, para variar...

Repito: los otros suicidas, los anónimos, merecen un enfoque distinto, y reducidos a cifras de Registro Civil, será casi imposible, o imposible del todo, establecer una clasificación de «causas», porque los expedientes oficiales nunca serán demasiado explícitos. El funcionario de turno ordena lo que se llama —o llamaba— el «levantamiento del cadáver», y si el caso no admite dudas policíacas, se archiva, y en paz. Pero cada suici-

dio es una peripecia fundamentalmente misteriosa: ¿cómo saber «de veras» qué fue lo que indujo o provocó la autosupresión física? Ni siquiera la hipótesis tópica, de la cartita dirigida «Al señor Juez», supondría mucha ventaja para un análisis correcto. Estas confesiones pre-mortuorias, cuando existen, ¿son de fiar? Quizás —y sin quizá—, miles y miles de individuos estaban en la misma situación que el difunto, simultáneamente, y optaron por no dejar de vivir. ¿De qué extraño factor personal dependió la elección macabra? ¿De unas determinadas células del sistema nervioso? No hay que descartarlo. Sólo que ya no hay manera de aclararlo: la autopsia formularia no serviría de nada. Estamos habituados a ver el fenómeno con una óptima moral, y no médica. Es un error. En ocasiones, el suicida pasa por «valiente»; a veces le califican de «cobarde». Son etiquetas intempestivas. A partir de la premisa de que hay que aplazar la muerte lo más posible, una profilaxis frente al suicidio debería de ser tenida en cuenta tanto como la que se proyecta frente a cualquier enfermedad.

Sospecho que los estragos del cáncer, del infarto, de las múltiples epizootias de que se muere el vecindario —lo de epizootias queda escrito sin ánimo de ofender—, son superiores a los catalogables por el lado del suicidio. Es comprensible que la atención de los técnicos, comenzando por los de estadísticas, incida de preferencia sobre la patología obvia y abrumadora. Un cáncer o un infarto, clínicamente, son lo que son; pero ¿un suicidio? Me temo que ni en las Facultades de Medicina de las Universidades más «avanzadas», todavía no han creado cátedras que se ocupen del tema. Maestros y discípulos conceden más importancia, ¿qué diré yo?, a los sabañones, pongo por caso ridículo, o un flemon en las encías, que ya no es exactamente un caso ridículo. Ignoro cómo podría introducirse la cuestión en las aulas. El suicida, en un alto porcentaje de episodios, es un enfermo que no sabía que lo era. ¿Neurótico? No importa la terminología, de momento. Lo triste es que, por lo general, se trata de neuróticos que no aparentaban serlo, ni se reconocían serlo, y, por tanto, no acudían al consultorio correspondiente. Goethe, que en realidad era lo menos vulnerable a la enfermedad que parió madre —si las farmacias de su tiempo hubiesen despachado antibióticos, aún le tendríamos ahí y enamorado Bettinas Brentano—, se «inventó» a Werther, y algunos críticos freudianos sostienen que el «Werther» fue una especie de suicidio «catártico» del granítico genio de Weimar. Pero, en la ficción, desde la primera página del libro, uno ya advierte que Werther estaba como una cebra. Como, salvando las distancias, el protagonista de «Las cerezas del cementerio», de mi otro paisano, el señor Miró...

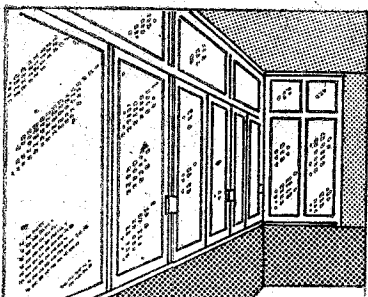
Joan FUSTER

FONDO MEDITERRANEO DE INVERSIONES

Comunica a sus clientes el cambio de números de teléfono que registrarán a partir del próximo lunes día 1

301 82 00
301 82 78
301 83 28
301 83 78
301 84 28

GARPINTERIA DE ALUMINIO
PUERTAS DE ESTABLECIMIENTOS
GALERIAS - TERRAZAS
PRESUPUESTOS



VHERMETIC, S.A.
Pablo Claris, 13 - Tel. 308 46 13
Barcelona-5

SI USTED PIERDE SU CABELLO...
¡VENGA HOY MISMO!

La primera y más grande organización internacional, 60 sucursales, en Europa fórmulas y productos exclusivos registrados. Nuestros Institutos han sido muchas veces imitados, pero nunca logrados.

La solución a su problema capilar, ya no es problema.

El nuevo método Akers I. C. Internacional nos garantiza procedimientos eficaces



TAMBIEN PARA SEÑORAS

INSTITUTO CAPILAR INTERNACIONAL

Avda. J. Antonio, 634, 10.ª (esquina Píde Gracia) Tel. 3020149-318 8130 BARCELONA
VALENCIA SEVILLA BILBAO MADRID
Tel. 21 22 47 Tel. 22 82 94 Tel. 21 93 83 Tel. 248 22 48

C.P.S. I.T.S.